

cias de los jueces ordinarios, que disponen de *fuerza* para hacer cumplir sus decisiones. Hoy por hoy, para arreglar sus litigios en buena forma, los pueblos tienen que recurrir a los convenios o tratados, sea para nombrar árbitros o sea para resolver definitivamente la cuestión. Para esto último, el más juicioso ha de disponerse a ceder.

La historia de los laudos internacionales es conocida de todos. Con dolor hemos aprendido los costarricenses la nuestra.

* * *

Tiene razón Papini cuando afirma que los niños gobiernan el mundo. Estamos en plena paidocracia. Los que no sean niños han de armarse de paciencia. No hay que ponerse a contestar discursos de chiquillos. Que hablen de libre cambio o de cambio libre dentro de un régimen sin libertad. Que truenen contra un liberalismo económico que no han probado ellos ni sus padres, puesto que la infección socialista que está llegando a su extremo natural, comenzó hace unos cincuenta y cinco años. ¡Que sigan los niños creyéndose preludio de lo que se les antoje! No les quitemos el gusto recordándoles que nada se parece tanto a una aurora como un crepúsculo.

* * *

Si usted conoce su enfermedad, tiene ganado lo más importante en contra de ella. Si usted conoce sus defectos morales, esté seguro de que su imperfección está a punto de ser vencida. No es que ese conocimiento baste para que la enfermedad o la imperfección desaparezcan; es que éstas se vuelven menos perjudiciales.

Si usted conoce su ignorancia acerca de un asunto